



Antón Arrufat

Apoteosis de *Los siete contra Tebas*

Por HABEY HECHAVARRÍA
PRADO

A casi 40 años de su escritura, ocurrió el estreno cubano de *Los siete contra Tebas*. La obra dramática de Antón Arrufat recibió en 1968, por un jurado de teatro, el premio «José Antonio Ramos» de la UNEAC en reconocimiento a la calidad artística, y recibió también, por una parte del mismo jurado, la célebre declaración de condena atendiendo a supuestas desviaciones ideológicas.

Todavía hoy las connotaciones de aquel acontecimiento son materia de reflexión, incluso tras la rehabilitación pública del autor que cerró una etapa de olvido y apartamiento, cuando Arrufat, homenajeado con el selecto Premio Nacional de Literatura, es considerado uno de los escritores cubanos más prestigiosos, con muchas publicaciones y otras distinciones a su obra de narrador, poeta, ensayista, articulista y dramaturgo. Superado solo en intensidad y trascendencia por el “caso Padilla”, el suceso de *Los siete...* mueve a reflexiones sobre la política cultural de los últimos cincuenta años de la historia de Cuba, y su aplicación específica durante la década de los 70. Precisamente la política cultural revolucionaria fue, en la primera mitad del presente año, motivo de debate por intelectuales cubanos residentes en la Isla y en el extranjero.

En este contexto, la obra más famosa de Arrufat encuentra, finalmente, un camino hacia la escena para la que fue concebida. Texto poético por el lenguaje, los versos y el requerimiento de un espectador cómplice y co-creador del fenómeno artístico, no ha perdido nada de su lozanía original a pesar de las décadas y los grandes cambios que en el mundo se han operado desde entonces. Mejor aún, ahora ya dejamos atrás la limitada lectura de fines de los 60, cuando el país se acercaba a sus primeros 10 años de Revolución, y hemos trascendido el análisis que se congela en el hallazgo de diferencias y semejanzas con la tragedia griega *Los siete contra Tebas*, escrita por Esquilo en el remotísimo 467 antes de Cristo.

La obra del autor cubano se devela desde su teatralidad solemne y cínica, abierta y libre de ideologías pre-establecidas, como si exigiera una conceptualización propia (no una caprichosa interpretación circunstancial) que haga justicia a la ganancia poética de la palabra y a la ganancia lírica y parabólica de la representación. Porque, eso sí, la parábola mitológica sigue siendo el Caballo de Troya, a entender, el arma principal de una experiencia artística que hoy todavía nos cuestiona. Efectivamente, se deben trascender los formularios del discurso político, historiográfico, en fin, la reductora moraleja de quienes no comprenden ni sienten la naturaleza del arte, aunque el texto contenga, entre sus principales virtudes, un deliberado forcejeo ideológico, político, histórico y humano.

Para mayor repercusión simbólica, el estreno tuvo lugar el 20 de Octubre pasado, Día de la Cultura Cubana, en la sala del Teatro Mella recién arreglado. La puesta en escena tuvo la dirección artística de Alberto Sarraín, director cubano residente en el extranjero, hecho que algunos han considerado significativo. La representación, de una ambiciosa proyección espectacular, recibió una inyección juvenil de bailarines y actores, disfrutó de un equipo de lujo en cuanto a los diseños, las asesorías y los montajes coreográfico y coral, pero no funcionan la integración de estos lenguajes, ni la dirección de actores, ni la dramaturgia espectacular.

Lamentablemente, sucede así a pesar de haberle encontrado un peculiar y nada despreciable ángulo narrativo al texto de Arrufat, que se desplaza desde el motivo original del enfrentamiento fratricida por la tozudez de un dictador (Etéocles) y la traición a la patria del hermano (Polinice), hasta el motivo más digerible de la defensa de una destruida pero contenta ciudad de Tebas. La decisión, seguro bien estudiada, de pasar a un segundo plano el problema esencialmente trágico del error del héroe (o de ambos hermanos), impregna un giro dramático menos interesante a favor del canto elegíaco y la epopeya. De cualquier manera, y no obstante criterios a favor o en contra de la representación, se ha consumado un derrotero artístico, se ha cortado una fatalidad, ha terminado el ostracismo a una obra de arte en la apoteosis de una experiencia cultural que debería ser hito de un antes y un después.

Los siete contra Tebas puede y debe acoger otros acercamientos, otros ángulos, otras estrategias de comunicación escénica. Otro modo de contar las desgracias de los malditos hijos de Edipo, que un día decidieron gobernar por turno el país, iluminaría la actitud de Etéocles cuando pretendió tomar de manera vitalicia los destinos de la patria, y entonces Polinice armó un ejército extranjero para invadir y doblegar su propio país. En lo que nos sorprenden próximas embestidas, *Espacio Laical* propone la lectura del texto íntegro a partir de la publicación de un fragmento de la pieza, aquel donde discuten los hermanos por única vez. Pues en este enfrentamiento se condensan las preocupaciones y ocupaciones ideológicas de la obra.